

¿Afecta la crisis al voto?

JULIAN SANTAMARÍA

LA VANGUARDIA, 30.11.08

- El impacto de la crisis económica afecta a la situación política y a la gestión del Govern, pero moderadamente
- Los catalanes suponen al Govern de Montilla mayor capacidad que a uno de Mas frente al paro o la vivienda

Hace más de medio siglo que se viene sosteniendo que la estabilidad de los sistemas democráticos depende de su legitimidad y su eficiencia. En concreto, la eficiencia para garantizar la seguridad y la prosperidad y dar respuestas a las aspiraciones de los ciudadanos vendría a reforzar la legitimidad del sistema; es decir, reforzaría la creencia mayoritaria de que la democracia es, pese a sus defectos, la mejor forma de gobierno, lo que constituiría un colchón de seguridad en aquellos momentos en que por una u otra causa descendiera la eficiencia.

A veces, desde una perspectiva reduccionista, se ha identificado la eficiencia de los gobiernos con su capacidad de producir buenos resultados económicos, de modo que las elecciones vendrían a ser algo así como un plebiscito sobre la gestión económica de los gobiernos. Ha sido una teoría de éxito, reforzada desde EE. UU, primero con el triunfo de Clinton en 1992 y ahora con el giro que a favor de Obama experimentaron los sondeos a partir de la aceleración de la crisis del sistema financiero americano a mediados del mes de septiembre.

Sin embargo, en España y no sólo en España, hay pruebas más que suficientes para poner en tela de juicio su validez universal. La economía puede constituir la principal preocupación de los ciudadanos en un momento dado, pero, aunque lo fuera siempre, estaría por ver si los electores responsabilizan al gobierno de la situación, buena o mala, y si piensan que su eventual alternativa podría hacerlo mejor.

De lo que no cabe duda es de que, hoy por hoy, en Catalunya, la atmósfera está marcada por la crisis. Caen en picado las percepciones positivas de la situación económica. Y aumentan las negativas en la misma medida. Esto afecta, aunque muy moderadamente, tanto a las valoraciones de la situación política, algo más críticas que hace un año, como a las de la gestión del Govern, cuya evaluación cede siete puntos porcentuales en el último año.

En otras palabras, hasta aquí el impacto político de la crisis económica es muy limitado. Es lógico que los catalanes consideren insuficientes las medidas adoptadas por el Gobierno central y por el Govern de la Generalitat para salir de una crisis como esta, cuyas manifestaciones no han dejado de evolucionar a un ritmo endiablado de mes a mes y de semana en semana, afectando a la totalidad de las economías avanzadas y a muchas de las emergentes. Pero también es un hecho que los catalanes atribuyen a la coalición presidida por Montilla mayor capacidad que a un gobierno presidido por Mas para hacer frente, además de al terrorismo, a problemas de índole económica como el paro, el coste de la vida, la vivienda o la sanidad.

La política catalana no gira sólo en torno a las políticas económicas y sociales y no está claro que el Govern tripartito les haya concedido la

prioridad que les atribuyó el actual president de la Generalitat al inicio de su mandato, tal vez por carecer de la financiación suficiente. Y es aquí donde se entrecruza la dimensión identitaria. Es decir, aunque sólo una proporción muy baja de los entrevistados, que no llega siquiera al 10%, incluye el autogobierno como uno de los principales problemas de Catalunya, los catalanes entienden en una proporción muy alta que un gobierno de Convergència i Unió estaría más capacitado que el actual para afrontar ese problema.

Es obvio que esa doble dimensión de la política catalana requiere equilibrios complejos y difíciles, pero lo lógico para el Govern sería centrar la agenda en el campo en el que tiene mayor credibilidad. Ciertamente que la competición entre los nacionalismos de dentro y fuera del Govern ha elevado de tono los discursos soberanistas, combinando las dos líneas - la ideológica y la identitaria-, y que esa deriva se tradujo en una severa derrota de ERC y una pérdida sensible de votos para CiU en las elecciones generales de este año, que dieron un triunfo espectacular al PSC. Pero, como se ha repetido tantas veces, ni los competidores ni lo que se juega es lo mismo en unas elecciones que en otras.

Las autonómicas quedan aún muy lejanas. El estudio que presentamos dedica sólo una parte a las cuestiones electorales. En general, comportan pocos cambios con relación a las mismas fechas del año pasado, aunque algunos merecen mencionarse. En primer lugar, es notorio que en medio de la crisis buena parte de los líderes catalanes mejora su popularidad. Como es habitual, Duran Lleida ocupa la primera posición en el conjunto y es preferido a Artur Mas entre los votantes de todos los partidos, salvo los de CiU, entre los que se impone Mas por la mínima. En segundo lugar, el líder de CiU es el dirigente que más avanza, hasta el punto de superar

a José Montilla, pese a que el president también mejora su nota. En tercer lugar, por vez primera en mucho tiempo, son más los catalanes cercanos a CiU que al PSC, aunque se trata de una diferencia muy escasa.

Por último, el mapa electoral sugiere, dentro de su estabilidad, un pequeño avance en votos de CiU a expensas de pequeñas pérdidas de los demás. Este avance se traduciría en ganancias más significativas en términos de escaños que podrían darle entre tres y cinco más que en los comicios del 2006. Sin embargo, esos datos hay que mirarlos con cautela. Son congruentes con otros datos positivos para CiU que se han mencionado. Pero la muestra es muy reducida, el margen de error importante, los escaños no se han podido calcular provincia por provincia, y los que ganaría Convergència i Unió dependen en buena medida de los últimos restos de todos los partidos.

*JULIÁN SANTAMARÍA OSSORIO, catedrático de Ciencia Política de la UCM y presidente del Instituto Noxa Consulting